

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 450– martes 4 de mayo de 2021

Los ministros contra el Gobierno

Emilio Álvarez Frías

Después de una semana llena de inquietudes debido, a pesar de nuestra penuria y modestia, a la preocupación que nos produjo alguien que debía considerarnos nocivos y molestos para los intereses que defendía, tan distinto de los nuestros, volvemos a la palestra precisamente en la fecha en la que tiene lugar la «fiesta de la democracia» –que diría algún simplón majadero de profesión–, es decir, el día en el que ha de tener lugar el voto para la designación de la persona que durante cuatro años –¡o solo dos!– debe ocupar la presidencia de la Comunidad de Madrid, y por tanto dirigir los destinos de una parte de españoles frente, o en proximidad, de quien pueda ocupar la presidencia del Gobierno del país, tan tambaleante en los últimos tiempos, tan inestable y tan perjudicialmente representado.

Los días de precampaña, junto con los de campaña, han resultado vulgares y groseros por demás. Falaces hasta la saciedad por parte de la izquierda ramplona, provocadores y toscos, insultantes y humillantes con cuanto adjetivo encontraba gente tan pedestre e incapaz de presentar un programa a tenor con las necesidades del país. Dándose el caso curioso de que Pablo Iglesias atacase al Rey por no condenar la «violencia fascista» de la derecha, cuando él apoyaba la violencia que se producía contra VOX como no tuvo más remedio que admitir que, un detenido por pegar a agentes en los enfrentamientos de Vallecas, estaba contratado por su partido.

En este número:

- ✚ **Los ministros contra el Gobierno, Emilio Álvarez Frías**
- ✚ **La suerte suprema, Ángel Pérez Guerra**
- ✚ **Del caos a la armonía, Manuel Parra Celaya**
- ✚ **Fascismo o democracia, Fernando Suárez González**
- ✚ **No es repugnante el cartel de VOX, es repugnante lo que anuncia, Eduardo García Serrano**
- ✚ **Madrid, Dos de Mayo, Costillares**
- ✚ **González censura el optimismo de Sánchez sobre la gestión de la pandemia: «¡Usted no vive el sufrimiento real!», Juan Velarde**
- ✚ **Gabilondo, el candidato atado a un mástil, Karina Sainz Borgo**
- ✚ **Los héroes, todavía existen**

Y la provocación y desafío terminó, el día 1 de mayo, «fiesta del trabajador», fiesta que empezó con las mismas o parecidas bravatas. Y así pudimos escucharlos cómo pedían la habitual retahíla de dádivas de siempre para el trabajador, con la desfachatez de que, ni UGT ni CCOO, han manifestado el más mínimo esfuerzo ni mostrado la más mínima preocupación durante todos esos meses de pandemia para ayudar a cuanta gente tenía que abandonar su trabajo; nada, ni un gesto para encontrar medios –como no pocos los hallaron con menos medios para obrar– para que pudieran comer las familias que quedaban en la miseria; simplemente se han dedicado, como siempre, a medrar del Estado, pero sin atender una de sus principales misiones a favor de los sin pan. Peticiones que derrochan ahora en Madrid contra la candidata



Isabel Díaz Ayuso; por más que, siendo el Gobierno de la nación quién tiene que asumir esa responsabilidad, se ha dado la desfachatez de que en esas manifestaciones participaban seis ministros –incluido la ministra de trabajo–, además de la vicepresidenta primera. Manifestación que contaba con el acompañamiento de las banderas de UGT y CCOO, más la de la segunda República, colores que también exhibió ese día, en algún momento, Pedro Sánchez en la mascarilla que portaba.

En estos momentos, amigo lector, desconocemos qué datos irán a salir de las urnas. Pero el futuro de Madrid, y quizá el de España, está en esos contenedores de plástico. Y los autores serán los madrileños, para bien o para mal.

El botijo siempre ha sido una figura respetable en toda casa madrileña. Hoy se va perdiendo esta compañía, sustituida por el frigorífico en no pocas ocasiones. Para acompañar el día de reflexión que hemos de pasar hasta que sepamos los resultados que proporcionen las urnas, nada mejor que tener a mano un antiguo botijo de la región, encajado en rústica botijera .



El botijo siempre ha sido una figura respetable en toda casa madrileña. Hoy se va perdiendo esta compañía, sustituida por el frigorífico en no pocas ocasiones. Para acompañar el día de reflexión que hemos de pasar hasta que sepamos los resultados que proporcionen las urnas, nada mejor que tener a mano un antiguo botijo de la región, encajado en rústica botijera .

La suerte suprema

Ángel Pérez Guerra

Lo saben. A decir verdad, cualquiera mínimamente avisado –lo cual en España es hoy mucho pedir– se da cuenta del altísimo valor del momento presente, de estos días que pueden cambiar nuestras vidas. Se habla mucho, y con razón, del poder transformador que la pandemia –la primera de la Historia universal– ha ejercido sobre el día a día de la Humanidad. La tensión entre libertad y omnipotencia gubernamental ha estado latente durante estos trece meses y medio de las biografías de cada cual, por ceñirnos a nuestro país. Pero amén de esta metamorfosis profunda, causada no se sabe si por un imponderable o por un agente externo con personalidad propia, asistimos hoy a otra encrucijada que, a nivel nacional, se traduce en un toma y daca para siempre.

Sí, así como suena, la llamada segunda «batalla de Madrid», en la que como tantos otros fantasmas de nuestro peor pasado reaparecen lemas de guerra tal el «No pasarán», es muchísimo más que una elección autonómica. Lo saben muy bien Pablo Iglesias y los suyos. Lo saben Isabel Natividad Díaz Ayuso y Rocío Monasterio San Martín. ¿Lo sabe Pablo Casado? ¿Lo sabe el común de los españoles, empezando, obviamente, por los madrileños con derecho a voto? Deben de saberlo ese 42 por ciento de votantes por correo que han incrementado el número de los que han enviado sus papeletas con respecto a los que lo hicieron con la misma antelación hace dos años. Y desde luego, lo sabe el director general del servicio estatal, íntimo de Sánchez y uno de los cargos mejor pagados del Estado.

Lo sabe, con toda seguridad, ya que en buena medida él ha instigado esta situación de tensión que tanto les conviene (Zapatero dixit a Ignacio Gabilondo) el asesor áulico Iván, gran artífice gurú de los «triumfos» (no electorales pero sí negociadores) del as del embuste. El artificiero de la artillería socialista –antes de la pepera y de otras–

no siente nada, como su cliente inversor. Él es un contratista, cumple las cláusulas de su compromiso y cobra. Por ese camino del maquiavelismo digital ha llevado a PS (no confundir con Partido Socialista) hasta la Moncloa y de allí al abrazo del «sís puede» con balcón abierto, supongo que para que saliera el hedor de la traición a los votantes (ya saben, el insomnio y todas esas píldoras para engañar a la máquina de la verdad del electorado).

Iglesias es otra cosa. Éste sí que siente. Demasiado tal vez. Y no precisamente amor a la Patria y a sus hijos. Por eso saltó como un resorte desde su escaño azul, tan acariciado, en el que nunca permanecía erecto porque se arrellanaba como perdido entre tanta abundancia de responsabilidad pública, y en un santiamén (nunca peor dicho) se plantó en la Puerta del Sol con intención de impedir que la franqueara «la ultraderecha».

En aquella plaza señera de la Historia de España empezó todo, con aquellas tiendas de campaña, de resonancias bélicas, y aquel 15-M de indignados nadie supo nunca bien por qué. Cuentan los entendidos que cuando Bécquer arribó a Madrid, embelesado por los cantos de sirena que sobre la Villa y Corte llegaban a su Sevilla natal y de crianza, se vio metafísicamente decepcionado por una Puerta del Sol que todavía era la resultante de los derribos liberales que acabaron con las murallas de España. Pronto, aquella huella del terruño absolutista sería sustituida por el flamante (entonces mucho más que hoy) salón del kilómetro cero, presidido por el edificio donde desaparecieron las rimas del poeta, víctimas del asalto revolucionario de aquellos días de la paradójicamente conocida como «Gloriosa», y que acabaron en la primera y triste, como la que le siguió, República Española. Los versos de Gustavo Bécquer se encontraban en un cajón del despacho de González Bravo, ministro de Isabel II y hombre sensible inclinado a ayudar a los artistas merecedores de aprecio. La turba destruyó el gabinete y con él aquel manuscrito, que el padre de la poesía contemporánea en español reconstruyó de memoria durante su exilio toledano. El último viaje de Bécquer también partiría de aquella plaza, en la cubierta de un tranvía de mulas un gélido día de invierno, años más tarde. El Libro de los Gorriones habría de esperar a que sus amigos lo dieran a la imprenta con carácter póstumo. Lamen-



table sino de España, cosido a esta Puerta del Sol. Tal vez las rimas originales fenecieran entre las mismas paredes donde Isabel Díaz Ayuso espera que el kilómetro cero del devenir español lleve su nombre y el de Rocío Monasterio. También los otros, los herederos de los revolucionarios que se llevaron por delante la obra del romántico inmigrante que había estudiado como huérfano en el palacio de San Telmo de Sevilla, sueñan con dar el golpe de mano que les lleve a esos mismos despachos. La Historia es cualquier cosa menos antojadiza: San Telmo, Puerta del Sol, kilómetro cero... España.

Del caos a la armonía

Manuel Parra Celaya

El teatro de nuestros Siglos de Oro contiene valiosas lecciones para la vida. Sus autores son justamente llamados *clásicos*, y no solo por la perfección y belleza de sus versos o por la ingeniosa trama de sus argumentos, sino, ante todo, por la profundidad de los contenidos que transmitían.

El mensaje que enviaban a aquella sociedad estaba en consonancia con el proyecto de *unidad histórica, física, espiritual y teológica* de nuestra *Monarchia Christiana*; es importante destacar que aquel pueblo, que, a diferencia del nuestro actual, era mayoritariamente analfabeto, percibía mucho mejor la melodía de una poesía y captaba las ideas



donde se contenía toda una Teología y una Metafísica que constituían la base de una *interpretación española de la historia y de la vida*.

Una de las características de aquel teatro era el triunfo final de la armonía, del orden, sobre el aparente caos que convertía el desarrollo de las obras en un laberinto de personajes y situaciones intrincadas. ¿Quién podía sospechar, por ejemplo, que las tremendas dudas sobre el sueño o la realidad y la desordenada conducta de un Se-

gismundo en Polonia iban a concluir con un «*acudamos a lo Eterno*» de un verdadero Príncipe Cristiano? ¿O que el propio Rey, en su paso por Zalamea rumbo a Portugal iba a dar la razón al villano justiciero Pedro Crespo, ya que «*errar lo menos importa / si acertó lo principal*», o que la inicua trayectoria del Don Juan de Tirso iba a merecer su justo castigo con el «*quien tal hace, que tal pague*»?

Pero no vengo a hablar de aquel teatro, sino de otro –mucho menos sublime– que es el que nos proporciona la vida española de nuestros días, igualmente dramática y espere-mos que no trágica. Y ello porque a algunos nos da la impresión de que el adjetivo *caótico* es el más adecuado para definirla.

Aparentemente, todo está reglamentado de forma absoluta mediante leyes, normas y decretos, hasta los más nimios detalles e, incluso, los que tocan de lleno a la intimidad de las vidas de los ciudadanos y de aquellos que interfieren de lleno en las relaciones familiares. Y no me refiero a estos duros años de pandemia, sino a una herencia de aquella fecha simbólica de mayo de 1968, cuando se preconizaba un *prohibido prohibir* que tenía que derivar necesariamente en la más completa sarta de prohibiciones y controles, que podían hacer palidecer de envidia a las más férreas dictaduras históricas.

Pues bien, ese desmedido exceso de reglamentación, unido a un feroz relativismo establecido como *dogma oficial*, ha provocado el más absurdo caos en las personas y en las colectividades; todo a nuestro alrededor aparece como contradictorio, inseguro, incierto. La «liquidez» que, siguiendo a Bauman, mencionaba en mi artículo anterior, ha cobrado su máxima expresión en la España de hoy.

Un Estado que no cree en sí mismo; unas instituciones que se sostienen a duras penas ante el embestida de algunos de los propios gobernantes; unas Comunidades Autónomas que, lejos de *acercar la administración al ciudadano*, como se decía, han representado el triunfo de las oligarquías locales centralistas y que,



LOS PATIOS DE MONIPODIO

insolidarias muchas de ellas entre sí, trabajan en contra de la integridad de la Nación; unos partidos políticos que, en vez de representar a los ciudadanos y a sus legítimas aspiraciones, son indiferentes al bien común y atentos a sus respectivos intereses, cuando no representan una perfecta imitación del Patio de Monipodio; unas aberrantes antropologías y éticas convertidas en ideologías de consumo obligado; incluso, para los creyentes, una Iglesia amedrentada y titubeante en la defensa de lo más sagrado, que se mezcla con inte-

reses políticos...

Este caos se pone de manifiesto, como no podía ser menos, en el interior de las personas que componen esta sociedad desnortada, que están apegadas a su dudoso presente, desdeñosas o ignorantes de su pasado y profundamente desconfiadas de su futuro; alienadas, la mayoría de las veces, de sus destinos en lo inmanente y en lo trascendente.

Sin embargo, algunos de los que percibimos este caos, seguimos confiando en que, finalmente, terminará por imponerse la armonía, como en los contenidos de nuestros mejores dramaturgos del Siglo de Oro; y no una aparente armonía de un orden injusto y opresivo, sino el que viene dado por el triunfo de los valores inherentes a la condición de seres humanos, a sus asociaciones naturales o voluntarias, al conjunto de una colectividad histórica llamada España.

Para esta confianza, contamos, en primer lugar, con la convicción de que Dios es el Señor de la Historia, a pesar de las inevitables dudas que alberguemos en nuestro interior; además de esta Fe, contamos con nuestra Razón, que nos va dictando en cada momento los posibles remedios contra tanto desafuero, arbitrariedad y confusión; y no olvidamos la guía de nuestros *clásicos*, que conviene ser *adivinada* más que *imitada*.

Y sabemos que, como en aquellos textos de los Siglos de Oro, todo debe volver a fundamentarse en la Teología y en la Metafísica, que serán capaces de llegar a entender los pueblos educados, al mismo tiempo que expresadas con la belleza de una *poesía española* que las contenga.

Fascismo o democracia

Fernando Suárez González (ABC)

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

En la presente campaña electoral, el eslogan de la derecha es «*socialismo o libertad*» y el de la izquierda «*fascismo o democracia*». Espero que, gane quien gane, la libertad y la democracia se conservarán, porque están garantizadas por la Constitución y la Constitución, a su vez, contiene un inequívoco artículo octavo. No cabe duda, sin embargo, de que estamos ante acontecimientos enteramente nuevos. Cuando a la democracia que empezamos a construir entre todos en 1976 se le intentó desviar de su camino, los adversarios tuvieron tan poca fortuna que el intento no duró ni veinticuatro horas y al socialismo democrático que reconstruyó por entonces Felipe González nadie osó acusarle de suponer un peligro para la libertad. Por eso digo que invocar el socialismo o el fascismo como alternativas a la democracia y la libertad son auténticas novedades de nuestro escenario político.

Lo atribuyo a la presencia de sectores comunistas o filocomunistas que, desvinculados del partido que lideró Carrillo, pretenden regresar a los tiempos de la segunda República, estimulados por el hecho, absolutamente inesperado, de que el Presidente Sánchez, después de superar sus anunciados insomnios, aceptara lo que había negado a sus electores, es decir, el pacto con quienes rechazan abiertamente la Constitución.



No sé si el Presidente del Gobierno conoce cuanto escribió Indalecio Prieto de la alianza de su partido con el comunismo: «*Se reaccionó contra la influencia comunista a destiempo... Con frecuencia, volviendo la mirada hacia aquellos tiempos, no deja de herirme el remordimiento... Con los comunistas no podemos ni debemos seguir, no solo porque nos agobia el recuerdo de las viles coacciones que han sido eje de su política con nosotros a lo largo de la guerra, sino por razones de conveniencia colectiva en cuanto al Partido y patriótica respecto a España... El comunismo lo repele España entera... Deberíamos arrojarlo por la borda para que España nos pudiera acoger al amparo*

de instituciones democráticas que salvaguardaran nuestra vida y nuestra libertad».

Tampoco sé si el Presidente del Gobierno está informado de que, ya durante la guerra, cuando Azaña encargó a Largo Caballero que formara gobierno, puso este como condición la entrada de los comunistas. Aunque los comunistas pensaban que lo revolucionario era no colaborar, sometieron su decisión a Moscú, que les dio la orden de participar. Así entró en Instrucción Pública Jesús Hernández, que había asistido como delegado del Partido Comunista Ibérico al Congreso de la Internacional, en Moscú en julio de 1935,

donde asumió la tesis de Dimitrov sobre el frente único del proletariado y se apresuró a ofrecerse a Largo Caballero para formarlo en España, creando un partido revolucionario único, capaz de derrocar el poder de la burguesía y erigir el poder proletario.

Hernández Tomás entró en el Gobierno de Largo Caballero en septiembre de 1936 y siguió con Negrín hasta abril de 1938. Esa es la etapa en la que se publica un libro titulado *Lo que cuentan los amigos de Perico*, editado por el Ministerio de Instrucción Pública para los niños antifascistas de España. La edición es de 1936 y al citar la imprenta – Sociedad General de Publicaciones de Barcelona– no dejan de advertir que se trata de una «empresa colectivizada». Los editores lo dedican a *las pequeñas víctimas inocentes de la barbarie fascista* y la contraportada, ilustrada con el escudo de la República, incluye estas expresiones: *Niños españoles: Mientras los asesinos fascistas os tiran bombas y matan a vuestros hermanitos, el Ministerio de Instrucción Pública del Frente Popular os*



regala juguetes y cuentos y se preocupa de vuestra instrucción, para que mañana seáis hombres útiles a la nueva sociedad.

Los cuentos son seis. Perico se ha roto una pierna y está en la cama, sin compañía alguna y distraído solo con lo que le cuentan el carbón de la estufa, la cajita de cerillas, la botella de agua, la colcha de su cama, el puchero y una flor de nieve, regalo de su madre. Los imaginativos relatos son el pretexto para impartir doctrina a los niños españoles.

Según el carbón, después de una explosión en la mina, mientras los cadáveres de las víctimas yacían en sus casuchas y sus mujeres e hijos lloraban, en casa del dueño rico se celebraba una gran fiesta, en la que mujeres bonitas bailaban luciendo vistosas *toilettes*, porque *los ricos hacen trabajar a los pobres para ellos, para poder llevar una vida regalada.*

La caja de cerillas insiste en que venía de un bosque, propiedad de un hombre rico, que hizo meter en la cárcel a un campesino porque había matado una liebre para alimentar a su mujer enferma.

Antes de que intervenga la botella, el autor inventa la visita a Perico de una señora que frecuentaba los barrios pobres para hablar a los niños de Dios. Un Dios siempre enfadado que exigía que los hombres trabajaran y que además estuvieran contentos y agradecidos de que les hubiera deparado esa vida miserable. La señora atribuía la rotura de la pierna al castigo de Dios porque Perico no rezaba y le explicaba que su dolor no tenía nada que ver con el que él y su madre, que no le enseñaba a rezar, sufrirían en el infierno. Cuando se fue la señora *para llevar a otros los consuelos de nuestra santa religión*, la botella y el vaso se reían de tal manera que apenas podían tenerse de pie. Según ellos, el infierno no está creado por Dios, sino por los ricos, que mandan a los pobres a ese infierno, empleando como tenazas el hambre y la pobreza.

Llegó el turno de la colcha, atribulada porque sus bellos colores se fabricaban en un taller donde los vapores de anilina envenenaban a los obreros, por culpa de los propietarios, que preferían habitaciones sin ventanas porque eran más baratas. La caja de cerillas recordó que en su bosque había un ave de rapiña que se llevaba las crías de los pajaritos, hasta que uno de ellos consiguió que una infinidad de pajaritos picotearan al buitre hasta

sacarle los ojos y matarle. Era lo que se esperaba de los niños que, cuando crecieran, sabrían lo que hay que hacer para conquistar sus derechos.

El quinto cuento es el del puchero, que reprochaba a los demás hablarle a Perico del sistema, del capitalismo y de otras palabras que él difícilmente podía entender: *Yo soy un tipo sencillo y llamo a esas cosas «injusticia» y «canallada».*

Cuando interviene la flor de nieve, su tesis es que el invierno es malo y que hace con las florecillas lo que los ricos con los hombres, pero un día los hombres que trabajan se unirán, echarán a los pocos ricos ociosos y ya nadie pasará frío, ni hambre, ni perecerá en las minas.

Resulta difícil precisar si es más infantil la mentalidad del autor de semejante panfleto o la de los niños a los que se dirige. Lo evidente es que el titular de Instrucción Pública que así quiere moldear las cabezas de los niños españoles es el autor del libro *Yo fui Ministro de Stalin*. No he encontrado en esa obra alusión alguna a su política educativa, pero hay un momento en el que describe al público que asiste a un mitin suyo en la Valencia de 1937 y dice que «*todos tenían un Dios, Stalin, y un reino, Moscú*», añadiendo: «*Nosotros, yo el primero, se lo habíamos esculpido en los sesos*».

Que esas eran las ideas que deseaban esculpir en los sesos de los niños españoles admite pocas dudas, a la vista del libro que comento. De ahí que, entonces como ahora, sea demasiado grosero sostener que quienes no compartan esas ideas son fascistas o luchan contra la democracia. Salvo, claro, que se entienda por democracia lo que defendían Jesús Hernández y los clarividentes líderes socialistas que le otorgaron su confianza.

No es repugnante el cartel de VOX, es repugnante lo que denuncia

Eduardo García Serrano (*El Correo de España*)

El coro de plañideras del Viejo Mester de Progresía, con sus becarios tontos del PP incluidos, entonan con cínico desgarrido el estribillo acuñado contra VOX (repugnante, racista, xenófobo y tralarí, tralará) por el cartel electoral en el que se plasma la agravante realidad social de millones de españoles abandonados al paio de la pobreza, frente a la generosa protección que a manos llenas se les regala a los que no merecen más que la deportación.



John Ford, el genial director de cine norteamericano, decía que «una película es buena cuando atrapa al espectador en los cinco primeros minutos, dejándolo clavado de asombro en la butaca». Eso es el cartel de VOX, el asombro ante la injusticia que con nuestros impuestos se perpetra a diario contra nuestros compatriotas más frágiles, más débiles y más ancianos para favorecer, con

los recursos que les hurtamos, a unos advenedizos parasitarios que han entrado ilegalmente en España y que aquí permanecen sine día al cobijo de una filantropía suicida y de una solidaridad cainita, ofrecidas por unos políticos, tan cobardes como miserables, que amasan sus fortunas con los impuestos de un pueblo al que desamparan en nombre

de un humanismo esquizofrénico que vacía las despensas de millones de españoles para calentarle el plato y la cama a las manadas de pobrecitos MENAS, que infestan de inseguridad y delincuencia los barrios en los que el Gobierno los acampa con más dinero en el bolsillo del que mensualmente mengua en la cartilla de una abuela viuda española.

No, no es repugnante ni xenófobo, ni racista el cartel de VOX. Es una foto digna de Ver-nardo Gil Mugarza en la *España en Llamas* de la pobreza y de la injusticia social a manos de la incuria y la traición de una clase política que deporta más allá de las fronteras del bienestar a sus propios compatriotas para derramar sobre la inmigración ilegal los recur-sos que les niega y que les roba a nuestros ancianos, a nuestras abuelas, a nuestros pa-rados. Eso es lo repugnante, no el cartel de VOX.

Madrid, Dos de Mayo

Costillares *(El Manifiesto)*

El gobierno, por enésima vez, no cesa en su empeño de atentar contra nuestra Fies-ta. La última, pretender suspender el festival del día 2 de mayo en Las Ventas.

Los comunistas que nos gobiernan, en su obsesión por imponer su ideología y mo-dismos, han pedido, y no por favor, a la Comunidad de Madrid suspender el mencionado festival. La respuesta no se hizo esperar: tiene el visto bueno de Sanidad Pública, man-teniendo un aforo limitado al 25% (un máximo de 6.000 espectadores), asiento preasig-nado y obligado uso de bozal que, desde hace un año, se nos conmina a llevar. Por su-puesto, sin olvidar la higiene y prevención según la normativa vigente.

Estado de alarma aparte, la «petición» del doloroso gobierno, más dañino que el Covid, busca dinamitar dos pilares que le incomodan sobremanera: la Tauromaquia y Madrid, ambos ligados en la Historia el día 2 de mayo.



Los toros amenazan a sociolistas y comunistas por representar todo aquello que estos seres anhelan. Valores como la superación, la edu-cación, el respeto o el compañerismo; sentí-mientos inenarrables entre el mundo terreno y el más allá que producen instantáneas cargadas de sublime estética y que sólo los que se hacen-can a este rito sienten como suyos; e Historia, una historia que muestra el carácter de una so-ciedad tan característica como propia, la nues-

tra. Por desconocimiento se produce el rechazo a todo lo anterior.

Una buena manera de conocer qué pasa en la sociedad española es, tal y como señaló Ortega y Gasset, acudiendo a las plazas de toros. Los señores del gobierno ni van ni es-peramos que vayan. No les interesa España, mucho menos los madrileños.

El otro pitón amenazante lo supone Madrid, baluarte de la derecha, Comunidad líder en recaudación de impuestos, pero con menor repercusión en el bolsillo ciudadano, se ha convertido en el objetivo *number one* del gobierno de turno. De cualquier excusa se vale para atentar contra Madrid y, en definitiva, contra cualquiera que, como Vox, diga verda-des como puños que tanto les desagradan.

Es por ello por lo que, el 2 de mayo, mediante la celebración de este festival, puede y debe comenzar la defensa o levantamiento del pueblo de Madrid. Sobre todo, de aquellos aún indecisos en cuyo voto se fraguará el futuro de la Comunidad: o comunismo, o libertad.

En 1808, el pueblo español y madrileño se levantó frente a la invasión extranjera de Napoleón, surgiendo el concepto de nacionalismo patrio en defensa de la que era una gran nación, España, y hoy pretenden convertir en taifas al servicio del globalismo más abyecto.

La invasión, entonces auspiciada por el tratado de Fontainebleau y un gran felón, Godoy, hoy viene precedida por la permisividad de un gobierno manso y su aún más sosegado líder, Mariano Rajoy, hecho aprovechado para que PSOE y Podemos se unieran con un objetivo común: destrozando el régimen constitucional del 78.



Si en 1808 secuestraron a los depositarios del poder llevándolos a Bayona, hoy día los presos son la soberanía nacional y la división de poderes, pilares de todo régimen constitucional.

Las analogías son preocupantes. Traición y posterior invasión, precedido todo ello por el secuestro de los reyes e infantes, sumieron a la capital el 2 de mayo en una rebelión donde la lucha del pueblo de Madrid, por su coraje y valor, ha sido recordada desde entonces.

La violencia, ejercida con palabras desde el gobierno central o con el lanzamiento de proyectiles por sus feudatarios, ha de ser respondida con franqueza, hechos y autenticidad. La guerrilla es hoy defender un proyecto válido para Madrid y España y, en definitiva, frenar la invasión que socialistas y comunistas se han planteado como objetivo vital. No dejéis, madrileños, que caiga sobre vosotros el fantasma del comunismo, no dejéis que secuestren la libertad que tantos años habéis salvaguardado, «procedan vuestras mercedes, pues, a tomar las más activas providencias para escarmentar tal perfidia, acudiendo en socorro de Madrid y demás pueblos, y alistándonos, pues no hay fuerza que prevalezca contra quien es leal y valiente como los españoles lo son».

González censura el optimismo de Sánchez sobre la gestión de la pandemia:

«¡Usted no vive el sufrimiento real!»

Juan Velarde (PD)

No da nombres. Y ni falta que hace.

A Felipe González, expresidente del Gobierno de España, se le entiende todo con meridiana claridad.

El histórico dirigente del PSOE se ha lanzado a la aventura de los podcast y en una serie titulada «Sintonías infrecuentes» arranca con una severa crítica contra Pedro Sánchez y su proverbial optimismo con la gestión de la pandemia del coronavirus.

Para quien ha sido el jefe del Ejecutivo que más legislaturas ha encadenado en La Moncloa durante la etapa democrática, lo que está haciendo el actual inquilino del palacio presidencial es estar fuera de la realidad:

Un dirigente con responsabilidades políticas tiene que hacerse cargo del estado de ánimo de los demás. Cuando todo está mal aparece un tío que te dice que todo está bien y que el futuro es cojonudo. Pero oiga, ¿usted está viviendo la realidad de sufrimiento y de crisis que estoy viviendo?

Felipe González critica abiertamente los objetivos cortoplacistas del actual Gobierno de coalición PSOE-Unidas Podemos, especialmente porque ve en el socio podemita un interés que nada tiene que ver con el que precisa el conjunto de España:



El líder político es el que ofrece un proyecto con una dimensión de medio y largo plazo y con el menor carácter mercenario posible. No pido un proyecto para mí ni para mantenerme en el poder, pido un proyecto que sirva a los ciudadanos. En el momento que vive España se ve una ausencia de liderazgo desde el respe-

to institucional y la centralidad de gobernar para todos. La ausencia de voluntad de transversalidad, cuando más lo necesita, eso es evidente.

Es más, entiende que formaciones como la de Pablo Iglesias no trabajan a fondo los asuntos y creen que todos los problemas pueden solventarse con propuestas de mercadillo de todo a cien:

En situaciones de crisis o de angustia ofrece a los ciudadanos una respuesta simple a un problema complejo

Para González, el ejemplo en el que hay que fijarse es en el de Alemania y su canciller, Angela Merkel. Para el expresidente del Gobierno la presidenta germana, al contrario que lo que hace Sánchez, es primero consensuar medidas y después salir a dar todo tipo de explicaciones:

Merkel comparece ante la opinión pública a las tres de la madrugada después de haber estado 12 horas reunida con los presidentes de los landers. Y dice, con una sencillez aterradora, esto no va bien, hay que tomar decisiones y precauciones. Pero primero se lo ha currado 12 horas con los presidentes de los landers.

Gabilondo, el candidato atado a un mástil

Karina Sainz Borgo (*Vozpópuli*)

Del mar, Ángel Gabilondo prefiere la orilla. Lo escribió en *Máximas y mínimas*, el libro de un hombre exhausto al que todos pedían librar batallas ajenas. Entonces Gabilondo había completado legislatura como ministro de Educación de José Luis Rodríguez Zapatero y el PSOE insistía en presentarlo como candidato a la Comunidad de Madrid en 2015 para blasonar el humanismo que alguna vez los distinguió.

Aunque el exrector de la Universidad Autónoma prefería la tierra firme de las bibliotecas a la épica de los galeones, acabó como cabeza de lista y acudió a unas elecciones en las que fue derrotado por Cristina Cifuentes. Repitió en 2019, con un resultado aún peor (fue el más votado, pero la coalición de derechas lo descabalgó), y ahora regresa para contrarrestar a una Isabel Díaz Ayuso convertida por Moncloa en oponente de Pedro Sánchez.

Gabilondo no ha sido ni será un hombre de desfachateces. Es alguien que piensa y escribe, un ciudadano que cree en la importancia de estar a la altura de sus propias palabras. Sabe, porque así lo escribió en sus ensayos sobre Deleuze, Foucault y Bataille publicados por Alianza, que las palabras encierran los avatares del pensamiento y que cuando se pronuncian en público las anima el espíritu del demos.

El catedrático de Filosofía, hasta entonces la voz de la mesura en la Asamblea de Madrid, comenzó esta carrera electoral con la sogá al cuello, como si arrastrara un peso mayor



que él. Fue entonces cuando se describió como hombre soso, serio y formal, que es como hablan de sí mismos quienes desentonan en cualquier comprasa. Después de dos derrotas electorales, y mermando de entusiasmo y fuerzas, Gabilondo aceptó una vez más optar a gobernar Madrid. Más le hubiese valido negarse.

A diferencia de sus campañas anteriores, en esta

no fue dueño de sus palabras. Acaso con el cargo de Defensor del Pueblo en prenda, aceptó la amarga empresa dando por hecho que sería breve. El asunto es que, por insistencia o compromiso, acabó subido para su desgracia en la nave de Sánchez e Iván Redondo. Fue ahí cuando comenzaron los tropiezos. Gabilondo pasó del acercamiento a Ciudadanos y la distancia con Pablo Iglesias a la trinchera de la propaganda y las balas metidas en sobres. Lo hizo con la torpeza de quien no sabe representar el papel que le ha sido asignado.

Para quien elige con cuidado aquello que dice y la forma en que se dice, subirse a un podio vociferando expresiones que no son suyas –iultraderecha!, ifascismo!– será siempre desastroso. Ya sea en los debates en los que se le traspapelan los parlamentos o junto a un Jorge Javier Vázquez convertido en nuevo Álvaro Retana, Ángel Gabilondo tiene más de hombre atado a un mástil que de candidato subido al podio.

Hay tragedia en el desenlace del profesor Ángel Gabilondo. Intenta completar la campaña a las elecciones del 4 del mayo atrapado en la escaleta que un mal guionista ha escrito para él. Y ahí sigue, dando bandazos de una travesía que ni siquiera es suya. De tanto acceder a las batallas de otros, Gabilondo acabó convertido en náufrago de sus propias convicciones. Abrazado a la balsa de su nombre, o lo que queda de él, Gabilondo bracea hacia una orilla de la que nunca debió salir.

Los héroes, todavía existen

En la vida un tanto cicatera y roñosa que padecemos, en la que disfrutamos de lo más vulgar, deseamos conseguir lo más ramplón, nos divertimos con lo más estúpido, ambicionamos sustituir al hombre por un cachivache que sabe hacer muchas cosas, se nos ha olvidado lo bello y lo bueno, hemos llegado a olvidar que, a pesar de todo eso, todavía existe el heroísmo. ¿Que dónde está? Normalmente en lo más sutil, en lo más escondido, en lo que no refulge con sobredosis de brillos.

Si durante un momento nos paramos a pensar, a reflexionar, lo encontraremos. En los médicos y demás sanitario que se han entregado a vencer la pandemia del covid-19 mientras que muchos de los que no han padecido esa enfermedad se empeñan en contagiarse porque «necesitan vivir y respirar»; en las fuerzas del orden público que intentan cuidar de nuestra paz y tranquilidad y que cumplamos las instrucciones que nos llevaran a ello, sin que los hagamos caso; en los religiosos que andan consolando a nuestros enfermos por los hospitales o en las residencias de mayores; o a los que se hallan en tierras de misión atendiendo a hermanos que carecen de todo; o a nuestros militares repartidos en diferentes misiones por el mundo en busca de la paz que tanto trabajo cuesta conseguir; en tantas y tantas otras misiones que desconocemos u olvidamos...

Estos días nos ha llegado un tremendo hecho que denota que todavía la gente sabe vivir y morir por los demás: el hundimiento a 800 metros de



profundidad, en las aguas del norte de la isla Bali de Indonesia, del submarino KRI-Nanggala 402, de la marina de dicho país, con toda su tripulación. Y junto a la noticia ha llegado también el video que fue grabado con un móvil en el interior de la nave, mientras la tripulación cantaba una canción titulada «Sampai Jumpa», que significa «adiós», con el significado evidente de una despedida que «parece dedicada a todos nosotros» dijo un usuario de Twitter al comentar el vídeo. «Aunque no estoy preparado para echarte de menos, no estoy listo para estar sin ti, espero lo mejor de ti», cantan los marineros, uno de ellos acompañando la canción con guitarra, en presencia del comandante del sumergible «Heri Oktavian».

La desaparición de este submarino evoca otras tragedias del mismo signo, tales como la del sumergible de la Armada argentina «Ara San Juan», con 44 tripulantes, desaparecido en 2017 y hallado un año después; o del submarino nuclear ruso, considerado la «joya» de la Flora del Norte rusa, el 12 de agosto de 2000, durante unas maniobras navales, quedando en reposo en el fondo del Ártico con 118 tripulantes a bordo, el más grave hasta la fecha en este tipo de pérdidas.

En medio de los acontecimientos en los que estamos sumergidos estos días, recordemos estos otros tan señeros, agradeciendo a todos los héroes que en ellos participan su entrega por toda la comunidad.